



ENRIQUE CANO

Simón Sánchez Montero, Pedro Bofill, Enrique Curiel, Adolfo Pastor y los periodistas que cubrían la manifestación, enlazaron sus manos y formaron una «muralla».

Más de cien mil personas gritaron contra Pinochet en Madrid, pese al fin de semana y al calor

La manifestación por Chile fue un canto a la libertad

Texto: Victoria LAFORA
Fotos: SUAREZ-CANO

Madrid — Pese al fin de semana y al calor, los madrileños demostraron ayer su sentido de la solidaridad acudiendo en masa a la manifestación contra la dictadura de Pinochet. La manifestación se convirtió en un canto a la libertad, y pancartas, canciones y un ambiente de fiesta rodearon a la práctica totalidad de los líderes políticos que se dieron cita en la calle Bravo Murillo. Todos, excepto Manuel Fraga, y la gente hizo notar su ausencia. También aprovecharon para recordarle al vicepresidente, Alfonso Guerra, que no quieren bases americanas ni entrar en la OTAN.

Solidaridad

Más de cien mil personas se dieron cita ayer en Madrid para mostrar su solidaridad con el pueblo chileno, sometido desde hace diez años a la dictadura sangrienta del general Pinochet.

Desde las once y media

de la mañana un enorme gentío se fue concentrando en la calle Bravo Murillo y ocupando el espacio por el que había de discurrir la marcha, lo que impidió el arranque de la cabecera, en el que se encontraban los represen-

tantes de todas las fuerzas políticas, excepto AP.

El defensor del pueblo, Joaquín Ruiz-Giménez, charlaba con el presidente de la Real Academia, Pedro Laín Entralgo, mientras esperaban la llegada del vicepresidente,

Alfonso Guerra. La llegada del alcalde de Madrid, Enrique Tierno, despertó aplausos de los manifestantes, quienes coreaban su nombre según avanzaba.

Javier Solana, ministro de Cultura, llegó en

mangas de camisa (en previsión del calor que, efectivamente, hizo), así como su compañero en el Gobierno, Enrique Barón, quien optó por una camiseta azul.

Síncope

Hicieron bien, porque a mitad de marcha, el líder del PDP, Oscar Alzaga, el presidente de las Cortes, Gregorio Peces-Barba, y el ministro de Educación, José María Maravall, parecían al borde del síncope entre los apretujones y el sol de justicia. El único que mantenía chaqueta y prestancia era Jaime Miralles, liberal sin etiqueta.

Tras la pancarta inicial caminaban codo con codo los líderes de los partidos y de las centrales sindicales, además de las personalidades antes citadas. La gente rompió el cordón de seguridad y se coló en el centro de la calle, por lo que la segunda pancarta, que llevaban Curiel, Simón Sánchez Montero, Adolfo Pastor, Miralles y otros se perdió entre la muchedumbre. Mariano Baniandrés, el

«defenestrado» subcomisario de las escuchas, también se perdió entre la multitud.

Posiblemente la gente se coló para poder gritar más cerca del vicepresidente sus frases de «OTAN, no; bases fuera». Un miembro del servicio de orden, utilizando un anticuado megáfono, intentaba acallar las voces contra la OTAN coreando sin cesar «Chile vencerá».

Lo curioso es que sólo conseguía adhesiones cuando el slogan se convertía en «Pinochet al paredón, por fascista y por cabrón»; entonces los manifestantes se olvidaban por unos momentos de las bases y la OTAN y seguían al esforzado militante.

En medio de la muchedumbre el empresario Javier González Estéfani, del PDP, decía socarrón: «Ya ves, aquí estamos desafiando a la coalición popular».

En una de las aceras, y siempre cerca de la cabecera de la manifestación, iba un joven con barba, que llevaba una pequeña

(Sigue en la pág. siguiente)



La hija de Allende, emocionada

Isabel Allende, hija del ex presidente chileno, fue acogida con aplausos a su llegada al acto. Era la única personalidad que, con la excepción de Alfonso Guerra, intervino en la concentración final. La hija del ex presidente Allende se refirió a las circunstancias de la caída de Allende y subrayó que «el pueblo chileno está en pie, luchando en las calles para restablecer una convivencia libre y democrática.» La hija del ex presidente dijo: «La historia es nuestra, la historia la hacen los pueblos. El pueblo chileno se ha puesto en pie, pero no busca

vinganza, sino justicia.» Afirmó que «la conquista de la libertad fueron los colores por los que el compañero presidente Salvador Allende murió», en medio de fuertes aplausos de las decenas de miles de personas que acudieron a la glorieta de Cuatro Caminos. Isabel Allende aseguró que «la solidaridad del pueblo español era importante, porque sois un país que ha sufrido más que nosotros aún el desgarramiento de la arbitrariedad y del fascismo y sois, sin embargo, una nación que ha sabido superar los años oscuros».

Viene de la pág. anterior
pancarta con el nombre del capitán *Pitarch*, una vez más en prisión.

Don Manuel

Hubo también otra frase que gustó al pueblo soberano y que se coreó en varios momentos de la manifestación: «*No se ve, no se ve, al facha de don Manuel.*»

Por cierto que *Enrique Curiel*, cuando le preguntamos los motivos por los que él creía que no se había sumado AP a este acto solidario, respondió: «*A Fraga lo que le gustaría es estar en Chile, porque sería un buen ministro de Interior del Gobierno de Pinochet.*»

Y a trancas y barrancas la cabecera de la marcha logró llegar a Cuatro Caminos, donde se había colocado la tribuna. Ese fue el momento peor: la gente no abría paso y *Ruiz-Giménez* a punto estuvo de dar con sus huesos en el duro asfalto.

Tras las citas de los partidos convocantes —por cierto que tanto el PDP, como el PDL, UL y las juventudes de AP recibieron un fuerte abucheo—, tomó la palabra con voz claramente emocionada *Isabel Allende*, la hija del presidente chileno asesinado en el palacio de la Moneda y que había hecho todo el recorrido al lado de *Alfonso Guerra*.

La muralla

Los comités anti-OTAN, que habían ocupado lugares estratégicos en la plaza, aprovecharon el momento en que el vicepresidente, *Alfonso Guerra*, se acercaba al micrófono para arreciar en sus voces de «*OTAN, no; bases fuera*». *Alfonso Guerra* esbozó una sonrisa y no se dio por aludido. Tras sus palabras, que terminaron con tres gritos de «*Libertad*», subieron al escenario los miembros del grupo *Quilapayún*, los magníficos folkloristas chilenos que escaparon de la cárcel, y posiblemente de la muerte, porque se encontraban de gira cuando el golpe militar.

Fue posiblemente el momento más emocionante de la mañana. Su canción de «*La muralla*» levantó un mar de manos enlazadas que coreaban la letra, mientras las banderitas blancas de «*Libertad para Chile*» se agitaban frenéticamente. Y al son de la música diputados, líderes y periodistas organizaron una cadena y bailaron con las manos enlazadas. Su última interpretación, «*El pueblo unido jamás será vencido*», fue coreado por más de cien mil gargantas, mientras los asistentes hacían el signo de la victoria con las manos.